

En nuestro continente existe en la actualidad un serio desajuste entre la tasa de crecimiento de la población y de la economía. Se ha hecho evidente que, si se continúa poniendo en práctica las normas que han orientado hasta ahora la acción económica de los gobiernos latinoamericanos, no será posible superar la crisis estructural que da lugar a la situación antes mencionada.

La salida negativa a dicha crisis, la limitación a la tasa de crecimiento de población, no parece ser la adecuada, entre otras razones, porque con la utilización de los medios de restricción a la natalidad de posible uso hasta ahora, no se logrará reducir de modo sensible dicha tasa sino en aproximadamente veinte años, consumiendo mientras tanto esfuerzos que podrían ser canalizados a la búsqueda de la solución positiva atacando el otro extremo del problema, o sea la tasa de crecimiento de la economía.

¿Por qué no crece la economía latinoamericana a una tasa satisfactoria?

En primer lugar, no existe lo que podríamos llamar una "economía latinoamericana" en el verdadero sentido de la palabra. Existen, sí, las economías de cada uno de los veinte países latinoamericanos, actuando como unidades separadas y con diferencias tan notables entre sí como la economía de Haití y la de México.

Veremos ahora algunos de los impedimentos al crecimiento satisfactorio de la mayoría, por no decir todas, de las economías latinoamericanas. Sin pretender hacer la lista exhaustiva, son:

1.—La estrechez de los mercados de los países latinoamericanos: sólo tres de ellos tienen población superior a veinte millones de habitantes y en todos el nivel y la distribución del ingreso no le permiten al país constituir un mercado adecuado para las necesidades de la producción dentro de la tecnología moderna

2.—La dependencia de todos nuestros países, para la obtención de las divisas indispensables al proceso de desarrollo, de muy pocos productos básicos, cuya demanda relativamente rígida frena la posibilidad de obtener dichas divisas en las cantidades cada vez mayores que se precisan.

3.—La pérdida de fuerza de la sustitución de importaciones, a nivel nacional, como factor dinámico del desarrollo.

4.—El débil poder de negociación que tiene cada uno de nuestros países frente a sus compradores habituales en el resto del mundo, afiliados muchos de ellos a organizaciones económicas multinacionales. Como consecuencia, se debilita la defensa del grave perjuicio que ocasiona el deterioro de los términos de intercambio.

5.—La dificultad de quebrantar las estructuras socio-económicas tradicionales que sean obstáculos a las necesidades del desarrollo.

Por otra parte, la misma diversidad en el grado de desarrollo de los países latinoamericanos ha dado lugar a una tendencia a ampliar las diferencias entre ellos: los más avanzados del continente tienen mayores posibilidades de acelerar su proceso de desarrollo que aquellos más atrasados. Si analizamos las importaciones de América Latina vemos que aquellos países que importan una proporción mayor de bienes de consumo son los que se

consideran de menor desarrollo económico en el continente. Y, al mismo tiempo, los mayores importadores de bienes de capital con los catalogados como de mayor desarrollo económico dentro de la región. Se produce así la paradoja de que los que más necesitan adquirir bienes de capital son los que menos pueden hacerlo porque tienen que dedicar sus divisas preferentemente a cubrir la demanda de bienes esenciales de consumo, y aquellos países con un proceso más avanzado de industrialización, por ese mismo hecho, pueden destinar una mayor proporción de sus divisas a adquirir bienes de capital que les permitan avanzar más en el camino de la industrialización.

Ese desnivel entre los países latinoamericanos, el cual se hace mayor a medida que transcurre el tiempo, podrá impedir que la integración económica beneficie a todos y constituya la salida de la difícil situación que atraviesa Latinoamérica, si se orienta ésta por las rutas tradicionales ya propuestas.

Para que un programa de integración económica sea viable a largo plazo debe procurar, por lo menos, no acentuar las diferencias existentes entre los países que in-

ECONOMICA

AMERICA LATINA

tegran la zona. El enfoque dado hasta ahora tiende a acentuar estas diferencias.

Por otra parte, los países que están en mejor situación en el camino del desarrollo no lo están tanto que puedan, sin comprometer su propio crecimiento, hacer sacrificios para ayudar a los de menor desarrollo económico relativo. Es menester que la cooperación y apoyo que se haya de dar a estos países más atrasados no sea gravosa para los más avanzados.

II

Hasta ahora, aun los países afiliados a la ALALC, han continuado poniendo en práctica políticas económicas que coliden, de inmediato, con la de otros países de la zona. Las tendencias autárquicas en el aspecto económico han continuado, a veces por inercia a pesar de la afiliación de ALALC. Dada la diversidad de recursos de todo orden que posee Latinoamérica como conjunto, debe ser posible producir económicamente en ella gran parte de lo que precisa. La tendencia hacia la autarquía, que ha caracterizado la política económica de los países americanos, en las últimas décadas ha llevado al establecimiento de producciones pequeñas y similares en muchos de los países. Estas producciones se mantienen gracias al sistema de convertir las economías nacionales en compartimientos estancos, que garantizan a la industria el mercado nacional, muchas veces insufi-

ciente para asegurar el funcionamiento económico de las plantas y la utilización óptima de los recursos naturales y humanos.

Lo anterior hace resaltar la necesidad de coordinación de las políticas económicas, si no de una programación regional, sí dentro de un esfuerzo de estos países con posibilidades de ser efectivo en una lucha conjunta contra el subdesarrollo.

Para el aprovechamiento óptimo de los recursos de la zona la complementación entre las producciones de los países es indispensable. En las circunstancias prevalecientes la aseveración anterior se presenta como consecuencia lógica de las premisas de lograr las ventajas de la especialización y de las economías de escala. Habrá, claro está, que tomar en cuenta otros elementos de mucho peso que causarán una gradación de esta norma, pero si ésta no se aplica en forma fundamental no se logrará la vigencia de las premisas. Conviene destacar, además, que complementarse implica no sólo producir para otros, sino también depender de producciones de los otros.

Como se dijo, hasta ahora la industrialización ha tomado caminos más o menos similares en los distintos países latinoamericanos. Las diferencias han surgido más bien de las condiciones locales o del tiempo que tengan en el proceso de industrialización que de una asignación de prioridades en el establecimiento de las industrias sobre bases de mejor utilización de recursos. Además, muchas industrias livianas han existido desde hace bastantes años en buena parte de los países latinoamericanos.

Sólo en los últimos años se han venido instalando las llamadas Industrias básicas. Con frecuencia se han adoptado en estos casos soluciones muy distantes de las óptimas desde los puntos de vista técnico y económico, dada la posibilidad de absorción del mercado local. Estos hechos, a más de otros relacionados con la misma administración, han llevado a la existencia de plantas antieconómicas. Ya que están instaladas probablemente no convenga desmantelarlas, pero la proliferación de ese tipo de instalaciones industriales es contraria al principio de mejor uso de los recursos para lograr el fin esencial de acelerar el desarrollo.

Pocos de los países latinoamericanos tienen un mercado de dimensiones medianas o grandes, en términos de población, y ninguno tiene, individualmente, una combinación de población con ingreso que lo convierta en un mercado de dimensiones óptimas para la mayoría de las industrias modernas. Pero el mercado potencial más importante no está en el simple agregado de las poblaciones de los distintos países, sino en la elevación del poder adquisitivo de muchos millones que casi no lo tienen. Y esto no sólo resalta el punto capital de darles herramientas para hacerlos productivos y, por ende, consumidores, sino que también levanta el dilema entre la industrialización más eficiente, moderna y automatizada, con menos plazas de trabajo y altas inversiones, y el caso de las masas crecientes en una economía primitiva y hasta ahora casi al margen de la otra

economía en que viven las minorías incorporadas a los sistemas de producción, consumo y servicios más o menos parecidos a los contemporáneos en los países desarrollados.

Como éste, el problema del desarrollo, es el esencial, las medidas que se propongan como mecanismo de una integración deben ser suficientemente previsivas y convincentes como para que sea razonable esperar que contribuirán apreciablemente en la solución equitativa de ese problema esencial. Y no es convincente para muchos que el hecho de embarcarnos juntos, bajo normas vagas y generales, excepto en lo comercial, nos permitirá enfrentar con éxito el problema de fondo, ni mucho menos que estemos en presencia de una panacea. En este trabajo lo que se pretende es sugerir una alternativa: la búsqueda primero de los principios básicos y de las principales medidas lo más específicas posible en que eventualmente podrían ponerse de acuerdo a priori los países latinoamericanos, como medios de enfrentarse en forma común al subdesarrollo; un acuerdo de este tipo de enfoque debería orientar mucho hacia la fórmula de cooperación, programación conjunta o integración que equitativamente convenga. En estas páginas se hace un ensayo en este sentido y se sugieren ciertas modalidades después de pasar revista a algunos aspectos del caso latinoamericano en general y el venezolano en particular.

III

En vista de los hechos arriba señalados y con la experiencia derivada de los programas integracionistas en ejecución, valdría la pena que los venezolanos elaboráramos una tesis, la cual, sin asignarle trato preferente a nuestro país, podría ser una alternativa ante las soluciones simplistas ya planteadas, cuyo tratamiento, demasiado casuístico, como la ALALC, o demasiado uniforme y rígida desgravación lineal automática, nos permiten suponer que no serán el camino hacia la integración del continente como medio para lograr el desarrollo.

Esta solución debería apoyarse en tres principios básicos:

1.—Es necesario programar, a nivel latinoamericano, pero con decisiones soberanas de cada país y con participación no sólo de los gobiernos, sino de los sectores productivos latinoamericanos.

Esta programación debe intentar identificar sectores y renglones productivos donde cada país pueda especializarse a fin de atender al mercado regional. Asimismo, por exclusión, se podría identificar los renglones donde el país pospone su desarrollo en aras de la mejor utilización de los recursos humanos y de capital que se dispone.

2.—Cada país debe tener la posibilidad de exigir reciprocidad en sus relaciones comerciales con el resto del continente. Es decir, que debe conservar la posibilidad de restringir sus gastos en los otros países latinoamericanos a unas cantidades no muy diferentes de las que éstos le compran.

3.—Las inversiones ya hechas en nuestros países deben ser protegidas hasta lograr su amortización. Esto se pudiera lograr extendiendo por el período necesario para amortizar las inversiones, las protecciones existentes, pero restringidas a las capacidades actuales de producción.

Con este punto, el nuevo proyecto de integración no daría lugar a posiciones defensivas. Se daría lugar a la cooperación con miras a la búsqueda de beneficios para todos y no a la lucha por minimizar los perjuicios.

Sobre las bases arriba señaladas y apoyándose en la ampliación del mercado debido a la sustitución de importaciones, el crecimiento de la población y la incorporación de grandes masas por el mejoramiento de las condiciones de producción y de distribución del ingreso, se podría enfocar el problema de la integración económica como el instrumento básico del desarrollo de nuestro continente.

La Universidad Católica Andrés Bello

ha fundado el "CENTRO DE ESTUDIOS RELIGIOSOS", con el propósito de promover la discusión y el estudio, a nivel universitario, de los problemas científicorreligiosos.

El Centro de Estudios Religiosos se complace en invitarle a la primera serie de tres conferencias, en las que se tratarán aspectos de uno de los tópicos más agudos y de mayor trascendencia: **Pensamiento contemporáneo y Problema de Dios.**

¿Ha muerto Dios?

ENERO 25:

Presentación, por S. E. Cardenal José Humberto Quintero.
Ciencia, dogma y dogmatismo, por el Dr. Raphael Bredy L.

ENERO 27:

La ciencia actual y el problema de Dios, por el Dr. Alfredo Planchart.

ENERO 30:

Marxismo y ateísmo, por el Dr. Marino Pérez Durán.

Parainfo de la UCAB: Esquina Jesuítas. Hora: 8.00 p. m.